

No encontró Rivera, sino dos ó tres costales que anduvieron recogiendo de los desperdicios que habia habido; y al regresar con ellos, varios colonos les hicieron fuego desde el bosque inmediato, con el que mataron á un arriero, é hirieron á otro y á dos soldados. Nada podia haber mas natural que esta clase de ocurrencias, porque al ruido del triunfo de San Jacinto, la mayor parte de los colonos se habian dado prisa á ir vólviendo á sus habitaciones para ver lo que les habia quedado. Nada ecsistia en ellas ya; pero aun cuando hubiese habido algo, como están situadas á grandes distancias unas de otras, y por otra parte, apenas hubieran podido proporcionarse, aun cuando se habian hallado en su mayor abundancia, lo suficiente para los mismos que se hubieran empleado en ir por ellos; no le pareció prudente á Filisola hacer nuevas diligencias, porque era visto, que ademas del ningun resultado que hubieran tenido, era necesario en cada habitacion emprender un combate.

El dia 5 recibió oficios del comandante militar de la línea de Goliad, coronel D. Domingo Ugartechea, en que le manifestaba que las goletas nacionales de guerra, segundo Correo, y segundo Bravo, necesitaban de víveres, para regresar del Cópamo á Matamoros, y se le contestó sin pérdida de momentos, que les franquease los necesarios para que volviesen á dicho puerto de Matamoros á la mayor brevedad, á cargar los víveres y demas que allí ecsistiese para el ejército, para conducirlos al Cópamo, con el fin de que desde allí fuesen despues remitidos á donde aquel se hallase.

Esa misma tarde recibió del general Santa-Anna las siguientes comunicaciones:

“Secretaria particular del presidente de la república, general en gefe del ejército de operaciones.—Escmo. Sr.

á otros al trabajo, y reirse de sus estraordinarias penalidades. Mas tambien es necesario convenir, en que aquellos esfuerzos no podian durar por mucho tiempo, si se dejaba de comer, y hubiera sido un crimen mantenerlos en ellos. En consecuencia, se decidió Filisola á mandar, que la primera brigada, que aun se hallaba á retaguardia, viniese á reunirse con la segunda, lo que verificó con los afanes que se deja entender.

Al ejecutarlo, mandó dar la órden para que 20 hombres, con dos oficiales de cada cuerpo, se pusiesen á las órdenes del comandante militar de artillería, D. Pedro Ampudia, para que con esta fuerza de todos los batallones, pudiese dicho gefe emprender la salida del atascadero de las cargas, los carros y la artillería, y continuar la marcha al punto donde lo verificara el ejército; advirtiendo al espresado Ampudia, que mandase cuartear las cargas para sacarlas de allí, y que pudiesen las mulas volver por el resto de ellas; haciendo responsables á los dueños de atajos de la omision en esta materia. Despues de esta disposicion, emprendió la marcha con las dos brigadas, la tesorería, equipages del estado mayor, y mulas de ranchos de los cuerpos y todas las demas que habian podido pasar á aquella hora, hasta el punto mas cómodo y provisto de leña que encontrase, para poderlas volver desde allí, cargadas algunas con los ausilios de carne y leña que se pudiesen adquirir para los que dejaban atras, á fin de que pudiesen salir lo mas pronto posible, de aquel inmenso y desnudo atolladero.

En efecto, á las cuatro leguas de andar, no sin continuos trabajos, pues de cuando en cuando se encontraban grandes charcos y atolladeros que pasar, hizo alto en un bosque de encinos, situado en una loma casi insensible, como son por lo regular las de todo el territorio de Tejas; pero cuya elevacion proporcionaba un piso menos malo

para poder campar en él, y al que llegaron por un desfilaro que formaban dos inmensos pantanos.

Apenas llegó, cuando dió orden de que en la noche, los cuerpos preparasen carne y leña, y al día siguiente, 1.º de Mayo al amanecer, se remitieron dichos auxilios á los que habian quedado atras, y se volvieron todas las mulas de carga que habian podido conducirse hasta allí, con el ayudante, teniente coronel D. Juan Cuevas, para que trajesen las cargas que habian quedado en el atascadero, cuya operacion se siguió practicando todo el tiempo que duró la de sacar cuanto se habia quedado atascado en los lodazales, el cargo del comandante general de artillería D. Pedro Ampudia; quien trabajó en la operacion personalmente, metido en el lodo hasta la cintura.

El día 2 se reforzó á dicho gefe, enviándole las compañías de preferencia de Morelos y de Guadalajara, con motivo de haber mandado aviso de que el día anterior se habia presentado á su retaguardia, el faccioso D. Juan Seguin, con una fuerza de los rebeldes bejareños.

Este manifestó que no traía orden de hostilizar, y sí solo de reclamar los bienes y esclavos que estuviesen en poder de individuos del ejército, pertenecientes á propietarios de Tejas, segun se habia acordado en el armisticio entre sus gefes y el presidente; y de activar que las tropas repasasen el Río Colorado, á fin de que los colonos pudiesen ir á reconocer sus habitaciones é intereses, situadas en la márgen izquierda; para lo que tambien solicitaba que se violentase la operacion de la marcha, y el paso del mencionado rio, porque, ademas, como los que venian á sus órdenes no tenían disciplina, y la mayor parte eran voluntarios, le costaba trabajo contenerlos. Se le contestó, que los individuos del ejército nada tenían que les perteneciese; que los esclavos que se habian presentado, como que eran libres entre nosotros, se habian ido

para donde les habia acomodado; y que si él no podia contener á sus voluntarios, que los dejase obrar, que las tropas los contendrian, &c., &c.; con lo que no volvieron á hacer otra gestion, y se contentaron con mantenerse á retaguardia, sin intentar cosa alguna, hasta que se hubo pasado el Colorado, y abandonando la orilla izquierda, se vino á ocupar la derecha. Hé aquí cómo la providencia de adelantar tropas al paso del Atascosito, no era un vano temor, como dijo el general Urrea, y sí una prudente precaucion militar; pues así como los rebeldes pudieron presentarse á la espalda de los nuestros, ¿no lo hubieran mas fácilmente podido verificar á nuestra vanguardia, en el Atascosito?

Se ha dicho que se dejaron abandonados los enfermos y heridos que venian en los carros, á merced de los enemigos, y esto tampoco es cierto. Teniamos á aquella sazón mas de 100 enfermos, sobre los mencionados carros; á todos los hizo conducir el teniente coronel D. Pedro Ampudia al cuartel general desde el primer día, en mulas aparejadas; y aun en hombros de soldados esceptuados, los que no podian menearse en manera alguna por su gravedad, y estaban al cargo de un oficial. Preguntamos: ¿qué hacerse con ellos, para no dejarlos en los carros en que estaban, cuando no habia medios posibles para sacar estos del lodo en que estaban enterrados? ¿Debieron matarse, mas bien que dejarlos fiados á la humanidad de los enemigos, de la que nos habian dado repetidas pruebas?

El mismo día 2, entretanto iba repasando el Colorado la brigada del general Urrea, para establecerse sobre la orilla derecha, el general Filisola, dejando al general Gaoña con su brigada, en el bosque que dejamos dicho, se bajó con la del general Tolsa al rio, para hacer que ésta tambien lo repasara.

En lugar de haber encontrado en aquel punto las balsas que se le encargaron al general Urrea que construyese, solo hallé cuatro maderos amarrados en cuadro y uno en medio, operacion que habia practicado oficiosamente un colono normando, porque la mayor parte de la tropa de la brigada del general Urrea, habia estado pasando el rio en dos malas canoas que se habia hallado allí, la una que apenas podia pasar á la vez tres á cuatro cargas, y en la otra solo lo podian hacer doce hombres con mucho peligro. En el acto se ocupó Filisola mismo de aquel trabajo, y auxiliado de los Zapadores, de algunos prisioneros que tenian y del referido normando, en el dia quedó la balsa en disposicion de poder pasar de veinticuatro á treinta hombres á cada viage, ademas de varios tercios: las piezas lo pudieron verificar montadas, y las de á 4 hasta con sus armeros, y en ella pasaron tambien, casi todos los equipages del general Urrea y de su brigada, y mucha parte de su tropa. Desde ese dia comenzó á notar Filisola que el general Urrea aparentaba hácia él, cierto despego é indiferencia que le chocó mucho, pues lo queria con sinceridad desde la primera ocasion que lo habia conocido siendo ayudante del general D. Miguel Barragan el año de 21, y mas estraño ver, que tan luego como se hubo concluido la maniobra de pasar el rio, su brigada se vino á acampar en un llano á la salida del bosque que está sobre la orilla derecha, distante de él como cosa de una legua, sin darle el mas pequeño aviso de este movimiento, y sin considerar que en semejantes operaciones no solo son perjudiciales las distancias de leguas, sino de toesas y aun de pasos; como lo son los retardos, no solamente de horas, pero hasta de momentos; pero Filisola, no queriendo disgustarlo, y sí, tener con él todas las deferencias posibles, no le hizo la mas mínima reconvenccion, porque, repetimos, lo apreciaba, y estimaba en mu-

D, Vicente Filisola.—San Jacinto, Abril 30 de 1836.—
Mi estimado amigo y compañero: He recibido su apreciable del 28 del que fina, y ya digo á vd. de oficio, que como están para concluirse las negociaciones entabladas, y por las cuales deberé partir para Veracruz, es necesario continúe vd. su marcha hasta Monterey, quedando solamente en Béjar una guarnicion de cuatrocientos hombres con dos piezas de artillería; por lo que espero tenga mi orden en un todo, su puntual cumplimiento.

Como no tengo mas ropa que la puesta, reencargo á vd. la remision de mi equipage con toda celeridad, remitiéndome tambien el de Castrillon, que aunque ha muerto, tengo en él varios efectos que me hacen mucha falta. Devuelva vd. las espresiones afectuosas de los señores generales y gefes de que me habla en su citada, y conservándose vd. en la mejor salud, me repito su afectísimo seguro servidor Q. S. M. B.—*Antonio Lopez de Santa-Anna.*”

“Ejército de operaciones.—Escmo. Sr.—Hoy ha llegado á este campo el Sr. general D. Adrian Woll, quien ha puesto en mis manos las comunicaciones de V. E., fecha 28 del que espira. Como aun no se terminan las negociaciones entabladas con este gobierno, el general Woll, segun manifiesta á V. E., tiene que demorarse para llevar el convenio que definitivamente se concluya, y que no dudo será satisfactorio para ambas partes. Entre tanto, espero que V. E., por ningun motivo dilatará su contramarcha, y antes bien la abreviará segun le tengo prevenido, siguiendo su marcha hasta la ciudad de Monterey, recogiendo todos los destacamentos de Matagorda, Cópano, la Bahía, &c., no debiendo quedar en Tejas mas que una guarnicion de cuatrocientos hombres con dos piezas ligeras en San Antonio de Béjar, á las órdenes de

un general á quien recomendará V. E. los heridos y enfermos que quedaron.

Dispondrá V. E. que la guarnicion de Béjar quede provista con tres meses de socorro y víveres, y cincuenta cajones de cartuchos.

Dios y libertad. San Jacinto, Abril 30 de 1836.—Antonio Lopez de Santa-Anna.—Escmo. Sr. general de division D. Vicente Filisola.”

El general Woll le remitió otras con la misma fecha, dándole parte de su llegada á aquel punto, diciendo en ellas con corta diferencia lo mismo, respecto de no haberse concluido aún el tratado que se estaba formando, y que tan pronto como se concluyese vendria á reunírsele.

Insertamos aquí las del general Santa-Anna, porque despues se ha querido levantar un crimen al general Filisola, atribuyéndole la omision de no haber hecho ninguna intimacion á los enemigos, y de no haber reclamado tampoco la detencion del general Woll. En cuanto á la primera imputacion es una de aquellas infinitas inconsecuencias en que incurre la miseria del hombre, volviendo mal por bien. Si Filisola no entabló directamente relaciones con el enemigo, fué: primero, porque creyó á todos nuestros prisioneros fusilados, y despues porque habiéndolo hecho el general Santa-Anna por sí, no quiso desprestigiarlo, puesto que los enemigos lo creian autorizado, ni desairarlo demostrándole que nó estimaba su intervencion. Por otra parte, ya se ha dicho que no se queria comprometer con los rebeldes en ningunas relaciones, antes de recibir instrucciones del supremo gobierno, y tambien porque con ellas, aunque las hubiese deseado, en lugar de haber mejorado la negociacion la hubiera sin duda empeorado y tal vez quedado comprometido con los rebeldes, que era lo que no queria. Siguiendo con su política adelante, contestó á Santa-Anna como sigue:

“Ejército de operaciones.—Escmo. Sr.—En este momento que son las dos de la tarde, acabo de recibir la comunicacion de V. E. de 30 del pasado, fechada en San Jacinto, y en contestacion le manifiesto, que todas sus disposiciones tendrán cumplimiento, aun cuando al hacerlo comprometo mi responsabilidad con el gobierno de la nacion á quien sirvo.

Quisiera que mi marcha pudiera efectuarse con la velocidad que V. E. me recomienda; pero el estado actual de los caminos y lo bromoso de los trenes y equipages, que á V. E. le son conocidos, no lo permiten; mas no obstante, se hará lo posible por dar el lleno debido en este punto.

Dios y libertad. Rio Colorado, 5 de Mayo de 1836.—Vicente Filisola.—Escmo. Sr. general, presidente D. Antonio Lopez de Santa-Anna.”

“Escmo. Sr. general de division, presidente de la república D. Antonio Lopez de Santa-Anna.—Atascosito, 5 de Mayo de 1836.—Estimable señor, amigo y compañero: Ya de oficio manifiesto á vd. cuánta es y será mi deferencia en el cumplimiento de sus comunicaciones: ellas me hacen prevenciones que al llenarlas, acaso algun dia me darán pesares, y hoy, mi amigo, hoy mismo tengo malos ratos, porque conozco la profesion á que pertenezco, y porque tambien veo á lo que me obliga la amistad y la consideracion del interior. En fin, señor, me retiro porque jamás quiero que se me impute, por los que ven las cosas de lejos, el ser causa de algun desastre; pero al hacerlo, lo verifico con un ejército de mexicanos, respetable por su número, disciplina y virtudes, que á vd. le son tan conocidas, y que están al alcance de la posicion de vd. y de sus dignos compañeros.

Las órdenes para la vuelta del equipage se dieron in-

mediatamente, y ahora se repiten sin permitir demora alguna por ningun pretesto, sintiendo entre tanto carezca de cosas precisas y necesarias.

Consérvese vd. bueno, y tenga la dignacion de recibir las sinceras espresiones de los señores generales, gefes y oficiales, dándolas igualmente á los compañeros que le están unidos, y disponga como guste de la adhesion y consideracion con que se repite de vd. su seguro servidor Q. S. M. B.—*Vicente Filisola.*”

Todo lo que habia que desear en aquellas circunstancias, lo veia conseguido: esto es, saber que nuestros prisioneros se habian salvado en los primeros momentos del furor, y que de consiguiente ecsistian: que se habian entablado relaciones, sin compromiso ni responsabilidad del que habia quedado con el mando, y que estas proporcionaban hacer el movimiento que se habia determinado, con mas seguridad y comodidad. ¿Qué otra cosa debió, pues, hacerse de mejor, cuando lo hecho facilitaba todas las ventajas que podian esperarse en aquellas circunstancias, y dejaban al mismo tiempo en plena libertad para despues poder obrar segun las nuevas órdenes del supremo gobierno y como mejor conviniese; todo, solo á costa de una aparente condescendencia que se podia suspender en el mismo momento que hubiese convenido, sin que con justicia se hubiera podido atribuir á inconsecuencia alguna; porque en ningun caso hubieran podido ser obligatorias, las estipulaciones que un general prisionero hubiera acordado con los rebeldes.

Respecto del general Woll, despues de las comunicaciones que se han leído, y las que él mismo puso y se dejan indicadas; ¿qué reclamamos se queria que por entonces se hubieran hecho á los enemigos? ¿No era preciso aparentar siquiera, que se daba tiempo para concluir con

madurez y calma las negociaciones entabladas, especialmente si como se lleva dicho, se conseguia en aquellos momentos todo lo que podia esperarse de mejor, segun las circunstancias é imposibilidad absoluta de poder hacer ningun movimiento ofensivo ó defensivo? ¿Qué otra cosa podria hacerse, segun los mas rigurosos principios del arte y de la conciencia?

Por fin, acabaron de llegar al Rio Colorado, los últimos restos que habian quedado en los atascaderos con el teniente coronel Ampudia, cuya constancia, circunspeccion y esmero, en aquellas azarosas circunstancias, no nos cansarémos nunca de elogiar, sin que hubiera sin embargo, sido posible á sus esfuerzos, arrancar del fango la fragua y los diez carros de conduccion, porque ya las mulas de tiro estaban aniquiladas y algunas de ellas habian muerto.

Lo que estos pobres animales padecieron es imponderable; pues al querer hacer incapié para estirar, se sumian enteramente en el lodo, y no les era posible, no ya sacar las piezas y los carros de los atolladeros; pero ni poder ellos mismos salir de ellos, sin los auxilios de la tropa, que los salvaba en hombros. De consiguiente, es escusado decir, que se procuró estirar cada pieza y carro con dos tiros, sin obtener ningun resultado; porque la falta no era del vigor de los animales, sino porque no tenían lugar donde afianzarse para emplearlo. Tampoco costará al lector ningun trabajo imaginarse cuántas de estas pobres béstias quedarian muertas é inutilizadas, de resultas de tan extrema fatiga. En tal virtud, y considerando que era indispensable suplir su falta y la de bagages para una multitud de enfermos, con el buen orden y economía, previno Filisola que cuanto conservasen todavía las proveedurías particulares de los cuerpos y brigadas, fuese entregado á la general, y que los generales, ge-

fes y oficiales sueltos no recibiesen mas número de mulas de carga para sus equipages, ranchos, &c., que las designadas por reglamento; computando una por el rancho de cada 80 hombres, en lugar de la que se debia dar para cada una de las 8 compañías de los cuerpos, por hallarse estas muy bajas de fuerza; y que se desprendieran de una multitud de muebles inútiles que antes se habian ocupado en conducir víveres y que despues no servian sino de estorbo, habiéndose consumido ya. No faltó quien para hacerse popular entre las clases inferiores, en vez de coadyuvar al cumplimiento de esta órden, se ocupó en desacreditarla en cuantos corrillos pudo, diciendo á voz en cuello, que su brigada no habia de entregar ninguna de las que tenia, y otras especies por el estilo, que denotaban muy mal la subordinacion y patriotismo que despues tanto se ha decantado. (Este fué el general Urrea.)

El general Gaona con su brigada, que como en otra parte se dijo, habia quedado en el bosque apoyando la salida de los pantanos, llegó tambien el mismo dia al rio y todos lo acabaron de pasar quedándose el general Tolsa con su brigada situado sobre su orilla derecha: con un inmenso trabajo se pudo en lo que quedaba del 6 al 7 y parte del 8, que viniesen todos á acampar en donde lo habia verificado el general Urrea.

La conduccion de la artillería en aquel corto trecho no fué menos penosa de lo que habia sido en los dias anteriores, porque desde la orilla del repetido rio al mencionado campo, es un bosque espesísimo de todas clases de árboles y malezas, y atravesado de porcion de arroyuelos cenagosos, de manera que ademas de que tuvieron que abrir el camino, cortando multitud de árboles, fué preciso con troncos y ramas en unos de aquellos formar puentes y en otros una especie de calzada para que no se enterrasen las ruedas de las piezas y carros.

En esta operacion trabajó el general Filisola personalmente con el hacha y el marrazo en la mano, como lo habia hecho antes en los pasos de los otros rios y en cuantas de estas clases de operaciones se ofrecieron durante la campaña; verificando otro tanto los gefes y oficiales de Zapadores, que á porfia se esmeraron.

CAPITULO XXIII

